

La colección Arata: auge, ocaso y recuperación de una biblioteca personal argentina

Diego Medan

Nada más cierto que las bibliotecas retratan a sus dueños.

Mario Vargas Llosa: La ciudadela de los libros, 2012

...ownership is the most intimate relationship that one can have to objects. Not that they come alive in [the collector]; it is he who lives in them.

Walter Benjamin: Unpacking my library, 1982

Perfil personal de Pedro N. Arata (1849-1922). El químico y bibliófilo argentino Pedro Narciso Arata se formó en la Universidad de Buenos Aires, graduándose primero como Licenciado en Farmacia (1872) y luego como Doctor en Medicina (1879). Había cursado sus estudios primarios y secundarios en escuelas católicas de Buenos Aires, con un interregno de seis años en Génova. A la esperable impronta humanística de su formación temprana, la etapa italiana añadió un matiz científico centrado en la química. Este particular equilibrio entre lo científico y lo artístico habría de signar su vida entera: de la química Arata haría su deleite personal y el eje de su carrera pública, y de su más íntima inclinación hacia las letras y las artes derivaría un refinamiento que agració su trato personal y continúa emergiendo de sus escritos. Arata publicó extensamente sobre química y cuestiones sanitarias, pero también editó facsímiles de libros raros y de documentos históricos, y veneró la figura de Leonardo da Vinci, en la que –no casualmente– ciencia y arte se interpenetran.

Arata hizo una exitosa carrera profesoral en la Universidad de Buenos Aires, en paralelo con la creación y conducción del primer servicio bromatológico de la Argentina: la Oficina Química Municipal de la ciudad de Buenos Aires. Sin ser hombre de fortuna, se tornó una figura respetada y consultada asiduamente por la clase dirigente argentina. Hacia el fin de su trayectoria, ya miembro de varias Academias Nacionales, le cabría la dirección del Consejo Nacional de Educación y la organización del Instituto Superior de Agronomía y Veterinaria de la Nación (ISAV).

Los intereses múltiples de Arata pudieron haberse satisfecho en el desempeño de esas ocupaciones. Pero un aspecto adicional de su figura –la pasión por los libros– generó un reflejo tangible y duradero: la edificación de una biblioteca personal, que en el apogeo albergó unos 32.000 volúmenes. Los avatares de esta colección, relatados más abajo, quisieron que su núcleo se haya conservado casi intacto en la Facultad de Agronomía de la Universidad de Buenos Aires, una de las herederas del ISAV que Arata presidió como primer decano entre 1903 y 1911. La singularidad de este fondo deriva de dos fuentes. Por un lado de su contenido, que responde al doble perfil científico y humanístico de Arata (las obras de Newton en ediciones del S. 18 descansan a pasos del facsímil del Códice Atlántico de Leonardo; manuscritos jesuíticos y notas de Humboldt son vecinos del contrato fundacional de la fotografía, firmado por Daguerre y Niépce). Por otro, de su carácter de testimonio de época, en tanto obra de un intelectual porteño que reunió sus primeros libros en la aldea de los días posteriores a Rosas, y los últimos, seis décadas después, en la ciudad cosmopolita de la primera presidencia de Irigoyen. Como veremos más adelante, del hecho de que la colección continúe reunida emerge un valor superior al de los libros en sí.

Esta investigación, iniciada en 1984, se centró originalmente en historiar el fondo que conserva la Facultad de Agronomía, pero pronto resultó evidente que debía ampliarse hasta abarcar el marco que le da su sentido: la trayectoria integral de Arata y su biblioteca. La figura de Arata no había sido objeto de un estudio completo, y las historias de bibliotecas personales argentinas no son precisamente abundantes, con lo cual este emprendimiento contribuiría a llenar esos dos huecos. En ese camino se visitaron más de 30 archivos públicos y privados, se realizaron dos docenas de

entrevistas, se reunieron unas 250 fuentes publicadas, y se localizaron y analizaron muchos de los fragmentos de la colección original.

Esta presentación ofrece algunos resultados de ese esfuerzo. Más allá del relato de cómo y cuándo estos libros se congregaron, dispersaron y volvieron a reunirse, nos proponemos reconstruir el retrato intelectual de Arata, y así contribuir a dibujar el horizonte de posibilidades y limitaciones en el que se desarrollaron los hombres de pensamiento de la generación argentina del 80.

Período formativo de la colección. Arata reunió libros desde su niñez hasta el fin de su vida: día a día adquiría libros y revistas nuevos sobre química, medicina e higiene para apoyar sus tareas académicas y profesionales, y a la vez libros y manuscritos de todas las épocas, movido por sus intereses en historia de la ciencia, alquimia, fotografía, literatura y arte de Italia, historia y geografía de América, ciencias forenses, y otros campos del quehacer humano. Como lo testimonian sus contemporáneos, Arata compraba continuamente a librerías de Buenos Aires. La revisión de la fracción de la Facultad de Agronomía (FA), aún en proceso, ya ha revelado sellos y etiquetas de 64 librerías porteñas, a las que se suman otras 55 del extranjero, mayoritariamente de Europa y Sudamérica.

Afluían también publicaciones de las varias sociedades científicas locales y europeas a las que Arata pertenecía, trabajos de diversos investigadores (que Arata canjeaba por los propios) y, una vez que su renombre se afirmó en el mundo académico y sus lazos sociales se hicieron numerosos, frecuentes donaciones de autores locales. La correspondencia de Arata deja en claro que dedicaba mucho tiempo y esfuerzo a atender la red de proveedores del país y del extranjero que, a lo largo de los años, formó mediante contactos epistolares y viajes al exterior. Entre sus agentes externos se contaron desde allegados de su confianza (por ejemplo, el ex-diplomático peruano Tomás Moncayo Avellán) hasta librerías profesionales (Frederking, de Hamburgo), pasando por amigos personales circunstancialmente residentes en el extranjero (Domingo Parodi, Bernardo Speluzzi) y sus propios hijos mientras estudiaban en Europa (Pablo Carlos en Londres, José Sebastián en Berlín). Además, la paulatina inserción de Arata en el sistema académico argentino (Facultades de Ciencias Exactas y Naturales, Medicina, y finalmente Agronomía y Veterinaria de la U.B.A.; las respectivas tres Academias, y la Academia Nacional de la Historia) aseguró el aporte de las publicaciones institucionales.

En paralelo con la adquisición de impresos y manuscritos, Arata reunió un extenso archivo, que abarcaba documentación sobre su trayectoria universitaria (desde su primer pago de matrícula hasta sus últimos diplomas como Profesor Honorario y *Doctor Honoris Causa* de la U.B.A.), una iconografía de científicos europeos (principalmente en formato *carte de visite*), antecedentes relativos a sus propias publicaciones y a su actuación como perito forense, y una copiosa correspondencia con investigadores y literatos extranjeros (Adolfo Murillo, Ricardo Palma, Luigi Luiggi, Emmanuele Paternò, entre muchos otros) y gran parte de la intelectualidad local de su época (Francisco P. Moreno, Carlos Berg, Estanislao S. Zeballos, Domingo F. Sarmiento, Carlos Spegazzini, Florentino Ameghino, Eduardo L. Holmberg, Cristóbal Hicken, Eduardo Wilde, Paul Groussac, Joaquín V. González, y dos centenares de corresponsales más). A esto se asociaban al menos dos colecciones especiales: una de monedas y medallas, y otra filatélica.

Pero en la colección, el límite entre biblioteca y archivo era difuso. Arata frecuentemente insertaba en los volúmenes notas manuscritas de carácter bibliográfico, crítico e incluso autorreferencial, adhería a los libros cartas, fotografías y otros materiales relacionados con la obra o su autor, y conservaba entre las páginas fragmentos vegetales y otros objetos. Es evidente que, no obstante su intensa actividad pública, Arata pasó gran parte de su vida trabajando en la biblioteca, que para él fue a la vez solaz, laboratorio e instrumento.

La colección se encontraba en la casa familiar de Rivadavia 2261, en el barrio de Balvanera, donde ocupaba salas en las plantas alta y baja. La biblioteca adquirió su forma y mobiliario definitivos hacia 1890; los íntimos de Arata la conocían y admiraban (Cranwell 1937) pero de su contenido han dejado sólo una impresión general. Al parecer jamás catalogada, de su tamaño final

sólo hay estimaciones. Para Buonocore (1979) abarcaba 32.000 volúmenes, pero según Mario P. Arata (1961) eran 40.000 o 50.000. Tampoco hay coincidencia sobre el número de incunables que contenía. Fueron 32 según Binayán (1918), pero sólo 25 para Buonocore (1979). La suma de las fracciones en que se dividió la biblioteca tras la muerte de Arata, como se relata más abajo, parece dar la razón a Domingo Buonocore.

Fraccionamiento de la colección: período de custodia de Mario P. Arata. Arata murió sin dejar un testamento formal, y si había transmitido a sus herederos algún mandato relativo a la biblioteca, éste no se conoce. En 1927 se inició la sucesión de las posesiones de Arata y su esposa, Catalina Carlevarino. Durante este largo proceso la cuestión del destino de los libros se difirió una y otra vez, y sería la última en resolverse. Hacia 1931 habían sido transferidos a los herederos casi todos los bienes judiciales, pero como aún no se había olvidado el impuesto a la herencia correspondiente a la biblioteca, ésta no era todavía un bien disponible y, en la práctica, tampoco lo era la casa que la contenía. En 1933 los herederos hicieron un aporte a cuenta de esa obligación, y en 1935 donaron un busto y un retrato de Domingo Faustino Sarmiento al Consejo Nacional de Educación. Pero el impuesto recién se saldaría totalmente en 1942, mediante la donación de unos 8800 volúmenes de libros y revistas científicas, principalmente de los siglos 19 y 20, a la Academia Nacional de Medicina. Cuando esto ocurrió, los herederos quedaron en condiciones de disponer libremente del núcleo realmente valioso de la colección.

Desde 1922 y hasta el cierre de esta etapa en 1961, ofició como custodio de la colección familiar uno de los hijos de Arata, Mario Pedro (1891-1961), él mismo bibliófilo, pintor, y devoto de la figura paterna. Desde su adolescencia Mario Pedro había visto enriquecerse su biblioteca personal con libros que su padre le obsequiaba. Anotaciones en numerosos volúmenes indican que tras la muerte del padre trabajó mucho en la casa paterna, a veces atendiendo visitantes (por ejemplo, al principal bibliógrafo de Arata, Juan A. Farini (h.) (Farini 1940), pero sobre todo, y principalmente en el período 1933-1944, tasando laboriosamente la colección libro a libro. Realizar una tasación global, y una estimación del grado de rareza de muchos volúmenes individuales, incluyendo información sobre la existencia de otros ejemplares en bibliotecas el país o de la región, no parecen los pasos previos a una donación, sino los prolegómenos de una venta. Además, si la intención original hubiera sido la de donar, los herederos no hubieran esperado tantos años para hacerlo, o en todo caso hubieran entregado la colección completa a la ANM, en lugar de una fracción de poco valor. Un testimonio recogido en la familia sugiere que de hecho la venta se intentó y fracasó, por causas sobre las cuales hoy sólo puede especularse. Quizás la valoración de la biblioteca era demasiado alta para los compradores locales; para peor, la situación internacional, con la Segunda Guerra Mundial en pleno desarrollo, seguramente mantendría inaccesible el mercado anticuario extranjero.

En 1944 la entonces Facultad de Agronomía y Veterinaria de la U.B.A. inauguró un edificio que incluía un amplio subsuelo, éste más que suficiente para recibir la colección. El dato debió llegar a los hijos de Arata, que invocando la antigua relación entre su padre y la FA (y probablemente urgidos por deshacerse de la casa familiar) en diciembre de 1946 donaron 13.500 volúmenes a esta institución. La casa de la calle Rivadavia fue vendida de inmediato (Arata 1961) y hoy ya no existe. Mario Pedro retuvo gran parte del archivo y un número no determinado de volúmenes paternos (del orden de los 6000-8000), y reunió estos materiales con sus propios libros en su hogar del barrio de Liniers. Como veremos, en los años por venir el destino de la biblioteca original dependería más y más de este singular descendiente de Arata.

Conviene destacar aquí una importante diferencia de carácter entre las tres donaciones referidas. Las fracciones legadas al Consejo Nacional de Educación y a la Academia Nacional de Medicina, más allá de su dispar magnitud, parecen haber sido entregadas sin restricción alguna. De hecho, los libros donados a la ANM se dispersaron en el fondo general de la biblioteca académica y, al día de hoy, su número es apenas una estimación. En cambio, por mandato de los donantes, la colección asignada a la FA debía permanecer separada de la biblioteca universitaria.

En un movimiento que recibiría el elíptico elogio de Rafael Arrieta (1949), Mario Pedro Arata no sólo supervisó la instalación de la fracción FA en su nuevo destino, tarea que la Facultad retribuyó de manera tan discreta como generosa, sino que pronto obtuvo un nombramiento docente en la Facultad, que suplementaría su recién lograda jubilación como profesor de la enseñanza secundaria. También recibió una tácita designación como curador honorario de la colección. De este modo, durante los siguientes quince años Mario Pedro ejerció el control absoluto de unas tres cuartas partes de la biblioteca paterna, si se contabilizan libros propios y donados. En ese período transfirió diversos materiales de su porción personal a la fracción FA (algo más de 1000 libros entre 1949 y 1953, y mucho material de archivo), se ocupó de la sanidad y seguridad de la fracción donada, y condujo la primera catalogación de los impresos.

Mario Pedro debió comprender pronto –si no lo había planeado mucho antes- que el carácter separado de la donación FA, además de brindarle un lugar de trabajo libre de incomodidades, posibilitaba la recreación física de la biblioteca primitiva. Como fuere, mediante el uso de gran parte del mobiliario original, y la exhibición de los mismos diplomas, cuadros y fotografías que decoraban la casa paterna, hacia 1950 Mario Pedro logró emular la atmósfera de una biblioteca privada del siglo 19 en medio del paisaje campestre de la Facultad, creando así un contraste que seis décadas después continúa subyugando a los visitantes. Con los años la biblioteca perdería algún espacio y, por razones archivísticas, sería despojada de su decoración mural, pero su impacto visual continúa vivo hasta hoy.

Fraccionamiento de la colección: tras la muerte de Mario P. Arata. Paradójicamente, la refinada colección del primer decano de la FA despertó poco interés en la institución que la había acogido. El sesgo tecnológico de la FA, la escasa inserción de Mario Pedro en la comunidad de la Facultad, y el aislamiento físico de la colección (potenciado por la fría relación entre Mario Pedro y el jefe de la biblioteca universitaria, Hans Gravenhorst) determinaron que la biblioteca fuera apenas visitada.

Tras el fallecimiento de Mario Pedro en 1961, la Facultad retomó lentamente el control de la colección. Apareció en esa época la primera descripción de este fondo (Halperín de Destailats 1964), y algo más tarde tuvo lugar la inauguración formal de la biblioteca, con cierta repercusión en la prensa gráfica (Anónimo 1968). En estas dos publicaciones son mencionadas por primera vez piezas concretas de la colección: el manuscrito Diccionario Chiquitano, un incunable de Marsilio Ficino, y facsímiles del Códice Atlántico leonardiano y del Breviario Grimani. Pero este destello fue efímero y, en parte debido a la escisión de la Facultad en dos unidades (la Facultad de Agronomía y la de Veterinaria), ocurrida a mediados de la década de 1970, la colección se precipitó en el descuido total.

El impacto de la desaparición de Mario Pedro Arata fue aún más drástico para su biblioteca personal. Los libros de Arata padre e hijo fueron rápidamente vendidos por la viuda de Mario Pedro al librero porteño Gerardo Fernández Zanotti, desde donde se dispersaron hacia colecciones particulares, en forma directa o a través de otros anticuarios europeos y americanos. Curiosamente, la fama de la colección Arata en el mundo bibliófilo debió nacer de la venta de esta fracción, ya que los fondos ANM y FA han permanecido hasta hoy prácticamente invisibles. Rastros llevados a cabo en los últimos cinco años en el mercado global del libro antiguo han señalado unos cuarenta volúmenes que poseen marcas de propiedad de uno u otro Arata, y que debieron salir de las estanterías de Mario Pedro, al igual que unas seis obras conservadas hoy en bibliotecas públicas argentinas y de los Estados Unidos. Se trata de material manuscrito e impreso de los S. 16 a 19 sobre medicina, farmacia, filosofía, ciencia, historia y geografía, y por lo tanto de temática muy afín a la del núcleo antiguo del fondo FA.

Del archivo paterno retenido por Mario Pedro Arata, una pequeña parte ha sido conservada por la familia hasta hoy (algunas cartas, manuscritos, la colección numismática, algunas fotografías y objetos personales), pero el grueso de la correspondencia fue vendido hacia 1990 al

librero de Buenos Aires Alfredo Breinfeld, y como aconteció con los libros, en parte se ha dispersado hacia colecciones particulares o fondos públicos.

Recuperación de la colección. Luego de la escisión de la antigua Facultad de Agronomía y Veterinaria, la colección quedó ubicada en el ámbito de la actual Facultad de Agronomía. Recién a fines de los '80 esta casa inició un tibio proceso de recuperación (Gutiérrez 1991), elevado a plan integral de puesta en valor a partir de 2005, bajo el liderazgo de Laura Martino y con sostenido apoyo de la Mellon Foundation. En esta última y auspiciosa etapa aumentó la visibilidad de la colección (del Bello *et al.* 2007), y se realizaron trabajos de conservación y descripción exhaustiva (Berasa *et al.* 2011, Martino *et al.* 2011), que culminaron con la reinauguración de la colección (Rouillon 2009) y la habilitación del catálogo on-line de la biblioteca en noviembre de 2012. En paralelo se produjeron avances en el conocimiento profundo del fondo FA, incluyendo un primer estudio sobre los manuscritos históricos conservados en él (Ferrari & Medan 2010).

Gracias a la colaboración de los descendientes de Arata, entre 2010 y 2012 gran parte del material de archivo conservado por la familia se digitalizó e incorporó al fondo FA. En 2012 la Facultad de Agronomía ha adquirido *ca.* 1600 cartas de Arata que aún se encontraban en poder de coleccionistas y anticuarios de Buenos Aires. Así los materiales originales de la colección continúan convergiendo (en estado real o virtual) hacia la institución a la que el propio Arata impuso su sello hace más de un siglo. En el futuro se podría compilar un catálogo unificado que, mediante la inclusión del fondo ANM y los existentes en otras instituciones y colecciones particulares, proyectara una imagen relativamente completa del conjunto original.

Dinámica de la formación de la biblioteca. Claramente, los libros sobreviven a los hombres, pero las bibliotecas personales pueden perecer con sus dueños. Cuando se dispersa una biblioteca privada -al fin y al cabo un edificio construido con ladrillos prestados, al decir de Wood (2011)- los libros individuales siguen su destino, y la sociedad no habrá perdido mucho, ya que la mayoría de ellos terminará a la larga en bibliotecas públicas. Pero la diáspora habrá desintegrado algo que sólo pervive mientras la colección está reunida: el retrato espiritual del colector.

La noción de que las bibliotecas personales son retratos de sus dueños (Vargas Llosa 2012) y la idea afín de que el colector sigue vivo en los libros que reunió (Benjamin 1982) otorgan un valor intrínseco a la conservación a largo plazo de las bibliotecas privadas de personas de significación social. Sin embargo, es justo señalar que no por difundida esta idea es aceptada por todos. Wood (2011), más escéptico, sugiere que tendemos a venerar una biblioteca una vez que sabemos a quién perteneció, y que acaso nuestras bibliotecas no digan nada muy particular sobre nosotros. Esto puede ser cierto para bibliotecas en las que el dueño apenas dejó su huella, y para personas cuya vida está lejanamente conectada con sus libros. Por cierto, de lo que ha quedado de la biblioteca de Adolf Hitler es imposible deducir el Hitler histórico (Ryback 2008).

Pero de una biblioteca de trabajo como la de Arata ciertamente emerge la figura del formador, y ello no sólo del estilo cuidadoso y a la vez intenso en que muchos volúmenes están intervenidos, sino (y principalmente) del contenido temático. Por ejemplo, las decenas de libros sobre criminología que Arata reunió tienen su correlato en su actividad de perito judicial, un aspecto absolutamente ignorado por sus biógrafos pero bien documentado en archivos. Claves como ésta, y otras que acaso esperen aún ser descifradas, sólo permanecerán vivas en tanto la colección siga reunida.

Aún aceptando que del catálogo de su biblioteca emergerá un retrato válido de Arata, y que éste será más nítido si se examinan los volúmenes individuales, sugiero que inevitablemente la figura así construida será algo falsa. La razón es que, como cualquier otra biblioteca personal, ésta no se edificó en un solo día. El mosaico de intereses de Arata fue mutando con los años: algunos temas lo habrán atraído durante toda su vida, mientras que en otros se habrá interesado de manera pasajera, en diálogo con el curso de su trayectoria profesional y con su maduración intelectual. Por lo tanto, el retrato-catálogo integrará rasgos auténticos pero algo incongruentes entre sí, porque

procederán de diferentes épocas. Así como la experiencia auditiva de seguir una melodía difiere mucho de la escucha simultánea de todas las notas de la partitura, la biblioteca sólo dirá todo lo que sabe sobre su formador cuando conozcamos la secuencia de su construcción.

Establecer en qué época Arata obtuvo libros sobre un tema determinado sería tarea fácil si los volúmenes tuvieran asentada la fecha de adquisición. Por desgracia Arata raramente hacía esa clase de anotaciones. Además, los libros proceden de seis siglos de la historia de la imprenta y fueron reunidos a lo largo de décadas, con lo cual las fechas de impresión (salvo las cercanas a la muerte de Arata y, como veremos, las de publicaciones periódicas) no permiten datar las adquisiciones con certeza. Esto obliga a recurrir a elementos que fueron incorporados al libro a su ingreso a la biblioteca o poco antes (sellos, firmas, marcas de librería, ex-libris, dedicatorias) siempre y cuando tales elementos puedan ser datados.

Este análisis está en marcha y ha dado ya algunos resultados aplicables. He aquí tres ejemplos. Primero, en 1882 Arata dejó de usar el primero de los tres sellos personales que empleó, lo que proporciona una fecha máxima de adquisición para todos los volúmenes así sellados. Segundo, en 1903 Arata concluyó la aplicación de su ex-libris (del que dispuso hacia 1890) a todos los volúmenes que poseía en ese momento, muchos de los cuales llevaban su firma en la misma área donde se adhería el ex-libris. Por lo tanto, siempre que el ex-libris oculta parcialmente la firma de Arata, la adquisición es anterior a 1904. Por último, la firma de Arata cambió perceptiblemente con los años: mediante el análisis estadístico de un centenar de firmas para las que se disponía de datación segura, fue posible determinar cuatro períodos caracterizados por sendos tipos de firma: hasta 1868, entre 1868 y 1885, 1885-1892, y 1892-1922.

Las revistas científicas se prestaban a un análisis mucho más directo, que ya se ha llevado a cabo. Como estos impresos se adquieren a medida que se publican, si pertenecen a una biblioteca personal indican con precisión qué interés a su propietario en una fecha dada. La hemeroteca de Arata comprende más de 200 títulos de periódicos –principalmente científicos y europeos– de los siglos 19 y 20. Como en comparación con los libros –particularmente los antiguos– este tipo de material no es de alto valor para los bibliófilos, esta parte de la biblioteca debe habernos llegado esencialmente completa. Hoy las revistas están repartidas entre los fondos ANM y FA. El primero duplica en volumen al segundo, y es un conjunto más homogéneo y con claro dominio de las ciencias, particularmente la química.

El crecimiento de la hemeroteca fue acelerándose lentamente durante las primeras tres décadas del período formativo, y se sostuvo en 40 o más suscripciones durante los dos decenios siguientes (1891-1910; el apogeo se dio en 1908, año en que hubo suscripciones a 51 títulos). Las seis principales áreas temáticas tuvieron sus máximos en la década 1901-1910 o inmediatamente antes (química y física, medicina, higiene, farmacia, revistas multidisciplinarias y de ciencias sociales). Después de 1908 la hemeroteca se contrajo rápidamente, cancelándose en promedio 3 suscripciones por año. Esto coincidió con el final de la trayectoria de Arata, entre 1911 y 1916, en la Universidad de Buenos Aires, la Oficina Química Municipal y el Consejo Nacional de Educación. Pero en el año de su muerte Arata recibía aún 10 revistas de Europa, de las cuales cuatro eran químicas, tres trataban sobre historia de la ciencia, y otras tres se repartían entre medicina, ciencia en general y actualidad mundial.

Conclusión. A lo largo de la historia, las guerras y otras formas de odio han destruido incontables bibliotecas. Paradójicamente, la Segunda Guerra Mundial –al interferir con la venta de la colección Arata– puede haber salvado de la dispersión a esta biblioteca argentina, dándonos la oportunidad de apreciarla, estudiarla y conservarla. Procuremos estar a la altura del compromiso.

Agradecimientos. A Vanesa Berasa, bibliotecaria residente de la colección Arata, por su apoyo permanente a la investigación. A ella, a Marina Medan y a Cristina Alvarez por sugerencias que mejoraron este manuscrito.

Bibliografía

- Anónimo. 1968. Una biblioteca especializada en Agronomía y Veterinaria. *La Prensa (Buenos Aires)*, 11 de agosto de 1968.
- Arata, Mario Pedro. 1961. *Apuntes confidenciales de mi vida. Estudiante en París - desde 1911 – en adelante*. Buenos Aires, MS inédito, 211 p. [Colección particular].
- Arrieta, R.A. 1949. Cartas de bibliómanos. *La Prensa (Buenos Aires)*, 2 de octubre de 1949.
- Benjamin, W. 1982. Unpacking my library: A talk about book collecting. *En su: Illuminations*. London: Fontana.
- Berasa, V., Martino, L. & Pandiello Pascua, M. 2011. *Proyecto de puesta en valor de la Biblioteca Arata: el plan de conservación*. III Encuentro de Conservación Preventiva en Bibliotecas y Archivos. Biblioteca Nacional, Buenos Aires, noviembre de 2011.
- Binayán, N. 1918. El ex-libris del doctor Pedro N. Arata. *Anales Gráficos* 9 (8): 4. Buenos Aires.
- Buonocore, D. 1979. Pedro N. Arata, bibliófilo. Bibliofilia y bibliomanía. *Bibliotecología y Documentación* 1: 5-9. Buenos Aires.
- Cranwell, D.J. 1937. *Nuestros grandes médicos. Rafael Herrera Vegas [.] Pedro N. Arata, los Ayerza, Roberto Wernicke, Luis Güemes [.] Pedro Lagleyze, Ángel M. Centeno*. Buenos Aires: El Ateneo.
- Del Bello, J.C., Barsky, O. & Giménez, G. 2007. *La universidad privada argentina*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.
- Farini, J.A. (h.). 1940. Bibliografía de los miembros de número de la Academia Nacional de la Historia. VI. Doctor Pedro N. Arata. *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* 13: 515-565. Buenos Aires.
- Ferrari, R.A. & Medan, D. 2010. *Redescubrimiento de la copia americana del contrato Niépce-Daguerre en la Biblioteca Arata de la Facultad de Agronomía, Universidad de Buenos Aires*. Buenos Aires: Editorial Facultad de Agronomía.
- Gutiérrez, A. 1991. La rehabilitación del universo. *La Nación (Buenos Aires)*, 22 de octubre de 1991.
- Halperín de Destailats, L. 1964. Pedro N. Arata, un químico de la generación del 80. *Ciencia e Investigación* 20: 303-308. Buenos Aires.
- Martino, L., Pandiello Pascua, A.M., Berasa, V., Portela, M.B. & Fantoni, O. 2011. *El plan de catalogación de la Biblioteca Arata: decisiones a tener en cuenta para catalogar libros y manuscritos raros y valiosos*. 3 Encuentro Latinoamericano de bibliotecarios, archivistas y museólogos, La Paz, septiembre de 2011.
- Rouillon, J. 2009. El legado de una valiosa biblioteca. *La Nación (Buenos Aires)*, 5 de diciembre de 2009.
- Wood, J. 2011. Shelf life. Packing up my father-in-law's library. *The New Yorker*, 7 de noviembre de 2011. New York.